



reportaje CARA A CARA DE DOS 'TOP MODELS'

La ambición de las esclavas

La temporada pasada, Karolina y su pack de pilas alcalinas alcanzaron la *pole-position* en campañas y desfiles. Y todo ello sin agrietar su exclusiva imagen, impoluta incluso después del castañazo que se pegó días atrás en el desfile de alta costura de Versace. ¿Ambiciosa?, puede preguntarse quien considera que en la adolescencia no sólo se debe trabajar a destajo.

«Si yo siempre quiero más no es sólo por dinero -dice ella-. Hay mucha gente que sólo trabaja para ganar más, pero no es mi caso. Todo lo que yo hago lo hago por pura pasión, en todo pongo el cien por cien de mi corazón». Habla de manera atropellada y, con el mismo brío con el que da el callo, la nueva imagen de Pronovias reparte sonrisas, atiende a la prensa sin poner cara de úlcera, piropea a su novio delante de las cámaras y asegura que sus modelos de cabecera son Christy Turlington y Linda Evangelista. Sabe perfectamente que el *business* es el *business*.

«YO QUERÍA SER MAESTRA, PERO MI MADRE ME DIJO QUE NO; COBRABAN MUY POCO», DICE TAVARES



Fernanda Tavares (a la izquierda) y Karolina Kurkova, en el backstage del desfile anual de Pronovias, en el que se presentaron los diseños que Manuel Mota ha realizado para el próximo año. El show se celebró el sábado 13 de julio en el Teatre Lliure de Barcelona.

MAITE CRUZ

admitir que su «carrera fue programada para hacer dinero». «Yo de pequeña quería ser maestra, pero mi madre me dijo: 'No, eso no; tú no sabes lo poco que ganan las maestras en Brasil'». Así que dejó su destino y las cuentas -3,8 millones de euros en el 2000- en manos de su madre. «No hay nadie mejor que la familia para cuidar de tus cosas», explica.

Morriña o desapego

«Somos alegres, nada esnobs, a los diseñadores les parecemos fantásticas porque ponen música y ya estamos bailando», comenta Tavares, mientras el equipo del peluquero Marcel le quita los rulos y convierte su melena en una cascada latina. Las brasileñas son de caderas revoltosas, sí, y sangre caliente. Al menos ella, que le duele el brazo porque un taxista parisino se le encabrió y por poco no acabaron a gorrazos.

«Tenemos que ser duras porque estamos muy solas», explica Tavares, que recuerda 1996 y 1997 como los peores años de su vida. «Día tras otro me decía: 'Ya no quiero ser modelo, quiero volver a la escuela'». Pero siguió en Manhattan y pronto empezó a conjugar la mala racha en pretérito. Con alguna que otra pájara. «Añoramos a la familia y el sol de Brasil, sobre todo cuando en Nueva York nieva y en París no deja de llover».

La escuela eslava, con Kurkova al frente, raciona las lagrimitas con cuentagotas. «Mi país es muy bonito aunque no tenga playas! Pero no estoy todo el día pensando en volver». Aunque dice sentirse neoyorquina hasta el empeine, sí hay cosas que echa de menos. Una es leer a Kundera y Kafka en checo. La otra, el asado de cerdo con *chucrut* y *knedlíky*. «Cuando la gente me ve comer, no se lo puede creer. Me dicen: 'Dios mío, si estás delgadísima! ¿Dónde pones lo que traes?». Otro técnico le

